

Memorias en blanco y negro sobre la pantalla del presente

Antonio García de León*

Ya somos todo aquello contra lo que luchamos a los veinte años.

JOSÉ EMILIO PACHECO, "Antiguos compañeros se reúnen"

Los años del museo

Hace medio siglo vimos, desde el Museo Nacional de Antropología, el nacimiento de un mundo crecientemente urbano y, más claramente, la lenta disolución del México rural en aquel país que recorrimos emprendiendo viajes a pie, a caballo y en transportes de todo tipo desde 1964. Era una época de rupturas y de cambio profundo, aunque eso lo supimos después. Cuatro años más tarde vivimos la tormenta del 68 y el clima de desaliento, esperanza y rebeldía que la propició: donde, como jóvenes, imaginábamos un mundo sin "momios", sin instituciones represoras ni burócratas autoritarios; un país distinto de aquél donde toda disidencia política era perseguida bajo las costumbres del antiguo régimen. Recuerdo aquella atmósfera, aquel amasijo de esperanzas indefinidas, aquellos dibujos "anarquistas" que publicaba en pasquines estudiantiles. Recuerdo también, en esos años de los inicios del Museo Nacional de Antropología, el arrobamiento que nos causaban los relatos de lo que pasaba en otras latitudes, como las pláticas de Gabriel Moedano después de un viaje que emprendió a la lejana California de los *hippies*: un paraíso de sexo, drogas y rocanrol que nos narraba con la ayuda de algunas diapositivas y alrededor de unos tragos. A la distancia, al paso de los años, tal vez el epígrafe de Pacheco resulte entonces revelador y verosímil, o acaso habría que ponerlo entre signos de interrogación: "¿Ya somos todo aquello contra lo que luchamos a los 20 años?"

Creo que, entre el grueso de mis colegas, la respuesta sería negativa, y trataré de explicar por qué...

Nací en Jáltipan, un pueblo del sur de Veracruz donde todavía se hablaba el náhuatl, en una variante más cercana al pipil centroamericano que al llamado clásico del valle de México, y donde, según mis paisanos y algunos cronistas del siglo *xvi* y otros del *xix*, había nacido la famosa Malinche, la amante y traductora de Hernán Cortés. Un montículo arqueológico llamado "el cerro de la Malinche", en pleno centro del poblado, a unos 300 metros de mi casa natal, es, según la tradición oral de los jaltipanecos, la tumba de aquella mujer célebre e incomprensida.

El pueblo de mi infancia era aún un ambiente rural y lleno de lo que después he llamado "tradiciones inocentes", en cuanto a la música, la memoria oral, las creencias populares y cier-

* Investigador del Centro INAH Morelos (griego@unam.mx).



tas costumbres particulares de aquella región. De hecho, y como lo entendí después, vivíamos un mundo que se semejaba más a la época colonial que al actual, lleno de sombras, escapularios, duendes, chaneques y un diablo que en las noches recorría las calles bajo la apariencia de un charro negro.

Cuando me fui a la capital en 1963 y abandoné aquel “Macondo”, se suponía que estudiaría “para licenciado”, que era el destino natural de los hijos de la clase media de mi región. Sin embargo, durante seis meses estuve yendo a la Escuela Nacional de Antropología e Historia y a la Facultad de Derecho al mismo tiempo, hasta que abandoné el interés por la “jurisprudencia”, desalentado por el clima oficialista que primaba allí. En realidad había conocido, cuando estudiaba la secundaria, la biblioteca de mi abuelo en Minatitlán y leído algunas obras de historia antigua de México que me fascinaron: *México a través de los siglos*, los textos de Guillermo Prieto, la obra de Sahagún editada por Porrúa –con pasajes en náhuatl que podía entender– y otros libros añejos, así que mi destino natural tendría que ver con la antropología y con la historia.

Mi padre, el médico del pueblo, se inquietó acerca de mi destino:

–Serás antropólogo, pero ¿de qué vas a trabajar?

Lo curioso es que de inmediato aquella preocupación familiar se disipó, pues entré a ocupar, desde el segundo semestre de mis estudios, nada menos que

un pequeño puesto en la instalación del Museo Nacional de Antropología de Chapultepec, y eso me permitió afianzar la que sería una opción de vida: laborar en lo que a mí me encantaba. Y que encima me pagaran por hacerlo, me parecía –y me sigue pareciendo– algo fuera de serie y un verdadero privilegio:

–En la escuela de la vida –como dice un hermano mío– nos tocó vivir en el recreo...

Ya en la ENAH, la lingüística vino sola, porque traía una buena experiencia en lengua indígena –había aprendido la lengua de mi pueblo desde chico– y el trabajo en el museo me permitió conocer muchas regiones rurales e indígenas de México donde se hablaban otras lenguas: sobre todo de Oaxaca, la sierra de Puebla, el valle de Toluca, Veracruz, Michoacán, Tabasco, Chiapas, Sonora y Sinaloa. Fue en la ENAH donde tuve las primeras influencias de mis maestros, de los mejores formadores con que contaba la escuela en aquellos años: Mauricio Swadesh, Roberto Weitlaner, José Luis Lorenzo, Jorge A. Vivó, Barbro Dahlgren, Alicia Olivera, Gonzalo Aguirre Beltrán, Beatriz Barba de Piña Chan y don Wigberto Jiménez Moreno. Aunque todos ellos se dedicaban a temas y especialidades muy distintas, compartían una visión muy general de la antropología, de la lingüística, de la arqueología y de la historia, algo que hoy llamaríamos una “mirada holística”, a más de contar con eso que Pierre Vilar ha llamado “la intuición histórica”: algo que en general ha

desaparecido gracias al desarrollo de las “especializaciones” y por una manía antihistórica que caracterizó después a la mayoría de los lingüistas, los antropólogos sociales y los etnólogos. Una generación de jóvenes maestros, entre quienes se distinguían los famosos *Magníficos*, y entre quienes destacaba Guillermo Bonfil, reforzaban esos nuevos caminos desde una perspectiva crítica hacia el régimen imperante.

Mi tesis de maestría en lingüística, *Pajapan, un dialecto mexicano del Golfo*, que publicaría el INAH años después (México, 1976) y que versaba sobre la variante nahua de Pajapan, un pueblo de mi región que escogí porque allí todos los habitantes lo hablaban, fue un producto directo de mi trabajo en la sección de Etnografía del museo, que dirigía entonces el maestro Fernando Cámara Barbachano. Desde allí pude realizar, entre otras misiones fascinantes, un recorrido lingüístico desde la cuenca del Papaloapan hasta la Chontalpa tabasqueña. La parte etnográfica la cubrió Elio Alcalá, cuya gran angustia en aquel recorrido era llegar a los pueblos –entonces eran pocos– donde se vendiera café exprés, para así suplir el *tintico* de su tierra natal, Venezuela. Es casi increíble que mi más reciente obra, *Tierra adentro, mar en fuera...* (2011) esté tachonada de notas recopiladas durante aquel memorable recorrido, que le dieron mucho sentido a los documentos de archivo. La lingüística me permitió después trabajar con el ayapaneco de Tabasco, el mixe de Tamazulapan, el chol de Tila y el tzotzil de los Altos de Chiapas, en donde viví refugiado durante la década de 1970, participando en la organización del ahora memorable Congreso Indígena de octubre de 1974.

En mi trabajo de maestría no sólo opté por la descripción y el análisis lingüístico “sincrónico” –con eso habría bastado para una buena tesis de maestría–, sino que, alentado por mi director de tesis, el doctor Swadesh –y a su muerte por Juan José Rendón–, realicé también una comparación glotocronológica de las redes dialectales del náhuatl en su conjunto; es decir, colocaba mi tema, sin saberlo entonces, en la corriente de la “larga duración” recomendada por Fernand Braudel, a quien conocí años después en París. Además, ensayé allí una introducción sobre movimientos y migraciones nahuas, muy inspirado por el maestro Jiménez Moreno y por la doctora Dahlgren –de quienes fui ayudante entre 1968 y 1969–, a fin de ilustrar algunas hipótesis sobre las grandes metrópolis del Altiplano. Cuando releo ese trabajo –que se puede descargar gratis de mi sitio web– me sigue gustando, y mucho. Después del 68 le agregué una

introducción algo ríspida inspirada en García Márquez, de la que me sonrojo un poco –quizá por ese efecto al que se refería José Emilio Pacheco–, pero es lo único que ahora me parece un poco naíf, pues el análisis me sigue pareciendo bueno en esencia.

Más allá de lo académico o lo político, lo mejor de aquellos años de los inicios del museo, en mi propia experiencia, fue la formación colectiva al lado de un grupo de colegas, entonces alumnos de un *telpochcalli*, como ahora lo define Eduardo Corona, con los que compartíamos experiencias de todo tipo, reflexiones políticas, y con quienes establecí relaciones amistosas que todavía me son muy gratas. Recuerdo en especial a Álvaro Brizuela, *el Brujo de Catemaco*, al propio Eduardo Corona, a Andrés Medina, cuyo retorno a México, desde una estancia doctoral en Chicago y una previa experiencia etnológica en los Altos de Chiapas, era anunciado por Noemí Quezada, una colega de todos nosotros y amiga suya, además de muchos otros: Luis Barjau, Otto Schöndube, Arturo Oliveros, Efraín Cortés, Miguel Medina, Gabriel Moedano, etcétera. Entonces, y en las oficinas del maestro Cámara y en el campo con Roberto Weitlaner, conocí lo que ahora llaman “la descripción densa” de los etnógrafos.

Al maestro Weitlaner, durante varios recorridos por las sierras oaxaqueñas, lo cuidábamos Brizuela y yo. Otras veces era Manuel Alvarado y varios colegas quienes lo acompañábamos a catar pulques entre los mazahuas y los hñahñú del valle de Toluca. Alguna vez, entre los chontales de Oaxaca, se nos unió Otto Schumann. Weitlaner siempre llegaba a las chozas de los indios y notaba rasgos etnográficos por doquier, musitando, pipa en boca y con acento alemán:

–Otto, eso es muuuuy interesante...

Años después, cuando vi *La danza de los vampiros*, el famoso filme de Roman Polanski, pude ver de nuevo a Weitlaner y a un joven Schumann –interpretado por el propio Polanski–, esta vez en la pantalla grande, maravillándose ante un atado de ajos colgado de una viga en una lejana cocina de Transilvania.

Resulta, además, que el maestro Cámara nos exigía siempre, al volver de algún pueblo de la sierra de Oaxaca o del valle de Toluca, entregar totalmente lleno nuestro diario de campo. Y aunque al principio eso lo consideré un poco excesivo, convencional y disciplinario –producto de la formación de Cámara en la Universidad de Chicago–, a la postre caí cautivo de los diarios de campo, por una especie de vicio compartido con los viajeros del siglo XIX, a los que entonces

leía con fruición. Y si en las primeras salidas redactaba mi diario poco antes de presentarme con Cámara –a veces inventando “rasgos” y aspectos “interesantes” que podrían agrada[r]le, y que había redactado ya en casa la noche anterior–, después encontré una especie de gusto literario en escribir en varios cuadernos cuanto observaba y se me ocurría durante mis andanzas por los pueblos. A tal punto, que en los “tiempos muertos” de trabajo de gabinete, como lo llamaban los expertos, era cuando me mantenía en la Bodega de Etnografía, dirigida entonces por Lina Odena Güemes, escribiendo lo que pienso que eran muy divertidas descripciones de máscaras, huaraches, textiles, sombreros y objetos diversos comprados en el campo. Allí llenábamos unas cédulas como fichas de cartulina tamaño carta donde se anotaba cada objeto, su procedencia, su adscripción étnica, entre otros datos. Al final del formato analógico aquél, un amplio espacio de “observaciones” me permitía redactar a mano los que fueron mis mejores productos literarios de aquellos años: algún día los rescataré, si es que aún existen en algún archivo del museo.

En esos años la pasamos también en una especie de recreo permanente con Brizuela, don Plácido Villanueva –cronista de Xochimilco–, varias secretarias y los pequeños hijos de Lina Odena y de Alfonso Muñoz, que éramos los ocupantes habituales de la bodega. A veces llegábamos a disfrazarnos con los trajes allí almacenados y yo mantenía afinadas –y en uso– todas las excelentes jaranas que Weitlaner había traído de la sierra mazateca y de Tuxtepec. Al mediodía salíamos a la puerta posterior del museo para degustar los tacos de arroz y chicharrón verde que preparaba *la Güera*, una señora que de la calle pasó a ocuparse del restaurante de los empleados manuales del lugar. Después de vivir entre paisanos “borrachos” en una casa de pensión de Tacubaya, me trasladé a vivir más cerca del museo, en uno de los viveros bullentes de la “joven antropología en ciernes”: el mítico departamento de “las tres emes”, fundado y habitado por Gabriel Moedano, Andrés Medina y Jesús Montoya, el cual tenía una excelente biblioteca. De hecho yo sustituí a Montoya, que se había ido a su natal Zacatecas, y viví desde allí el 68, hasta que, en 1970, unos policías judiciales fueron en mi busca mientras me hallaba en Veracruz, en los territorios del mítico músico Arcadio Hidalgo, y debí abandonarlo con algo de pena.

Después del 68 yo había militado en una animada y combatiente célula maoísta que fue desmembrada ha-

cia 1970. En mis andanzas como historiador encontré después, en el Archivo General de la Nación –entre los papeles de nuestra “Stasi”, la siniestra Dirección Federal de Seguridad–, un expediente sobre mi persona donde se me catalogaba como peligroso agitador comunista: en un expediente sui géneris redactado por el torturador Luis de la Barreda Moreno, junto con Nazar Haro, uno de los operadores más sanguinarios de la *guerra sucia* del sexenio de Echeverría, y en cuya descripción difícilmente me reconocía. Cuando encontré esos papeles, años después, un sudor frío me recorrió de sólo pensar en lo cerca que estuve de ser capturado por esos criminales.

Después de trabajar en la compra y la clasificación de materiales etnográficos, que en un principio, desde finales de 1963, se hacía en una casa rentada por el CAPFCE –el programa federal de construcción de escuelas, del que dependía la construcción del inmueble–, y que se hallaba en las calles de Río Rin, entre una acumulación de objetos dirigida entonces por la etnóloga Mercedes Olivera, pasamos a las bodegas del museo días antes de su inauguración, en septiembre de 1964.

La experiencia de la construcción del museo nos permitió trabajar con museógrafos, arqueólogos, pintores, grabadores, decoradores y mucha gente que aportaba su labor en una tesitura común y colectiva: puro trabajo en equipo, en una época en que insertarse en el curso de esa corriente nacionalista que inspiraba la construcción del museo era relativamente fácil. De hecho, era un ambiente de izquierda, lo cual alimentaba algunas preferencias políticas que ya traía desde mi tierra natal.

Las consecuencias de esta experiencia sobre mi propio trabajo

Quiero abordar esta reflexión con base en tres ejes que, me parece, se desprenden de la experiencia de aquellos años: el problema de la larga duración, la cuestión de las fuentes y la construcción narrativa. Y esto a partir de lo que considero que se trasluce en la experiencia de mi más reciente libro, *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a Sotavento, 1519-1821*, publicado por el Fondo de Cultura Económica y la Universidad Veracruzana hace tres años. Como primer punto debo decir que abordar un periodo largo no representaba para mí algo ajeno, pues lo había hecho antes con la historia de Chiapas en mi tesis de doctorado, donde ya me había arriesgado a armar

un retablo de varios siglos, aunque contando entonces con el apoyo de las certezas que nos daba el marxismo y donde el problema de las fuentes y las periodizaciones lo podías resolver con citas de los clásicos, así como con una intencionalidad y un sentido acorde a aquellos años, en este caso el de la resistencia indígena –encarnación local de la “lucha de clases”– y que usé como *leit motiv* de ese trabajo o como “motor” de esa historia regional: una “provincia de Chiapas” que era más una construcción metodológica que una realidad administrativa colonial.

Producto de un doctorado en Francia, realizado bajo la dirección de un gran mexicanista, François Chevalier, ese libro, *Resistencia y utopía: memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia* (México, Era, 1985), reflejaba la discusión que se daba entonces allá acerca de la “larga duración” y su entrelazamiento con el problema de “las mentalidades”: una influencia clara de la escuela de los *Annales*, que entonces aún se estilaba en Francia. Su rimbombante subtítulo confundió a más de uno: un bibliógrafo estadounidense experto en Guatemala lo incluyó en una bibliografía al tomarla por una crónica de los tiempos coloniales.

Bajo esta mirada, la “larga duración” no era vista como una sucesión de tiempo largo en un solo lugar,

sino como un conjunto de procesos en que la formación de las mentalidades en su interior ayuda a visualizarlos en el largo plazo, tal y como lo proponía Braudel. Allí se prefiguraba también esa idea de que las regiones están conectadas con el ancho mundo de mil maneras y de que no se explican sin contextos geohistóricos más amplios, como en ese caso la Capitanía General de Guatemala, la Centroamérica colonial, conjunto mayor que explica mejor a Chiapas que su adscripción posterior a la nación mexicana. Ese primer libro de historia se convirtió en un clásico, y después de 1994, por razones conocidas, en un texto muy citado.

Las fuentes brotantes

La historia de Veracruz había sido para mí una permanente obsesión desde la década de 1960, cuando me dedicaba en forma apasionada a recoger datos, indicios, crónicas y documentos, en ese reconocimiento puntual de los pueblos a sotavento, desde la cuenca del Papaloapan hasta la Chontalpa tabasqueña: mapeando lenguas, dialectos, creencias religiosas y míticas, etnografía de la producción agrícola, ganadera y pesquera, peregrinaciones a centros numinosos y santuarios, identidades étnicas y regionales, músicas, tradiciones poéticas de largo aliento, recuerdos familiares y un lar-



go etcétera. Era un recorrido a ras de tierra que lo había hecho documentando diferencias microrregionales y experiencias de vida, y que me llevó a recalar por un tiempo más largo en Pajapan, un pueblo de la sierra de San Martín, donde viví y aprendí la lengua nahua con la convivencia cotidiana: un pueblo lleno de pasados reiterados, de personajes extraordinarios y de presencias inexplicables.

Esta indagatoria partía de la nostalgia de que mucho de la infancia vivida en mi pueblo natal se perdía con rapidez en el huracán de la industrialización y en el abandono de una vida rural, de un mundo alucinado que se desencantaba deprisa al concluir la década de 1960, y del que había que rescatar aquello como si fueran los fragmentos de un naufragio. Así, y en un momento dado, me quedó claro que esto conformaba en sí mismo una historia que había que contar. Y a fin de cuentas esa “descripción densa” de los antropólogos del ayer, puesta al servicio de la historia, era como vivir en primera persona la experiencia recomendada por los grandes historiadores franceses del siglo pasado.

Para contar aquella historia había que profundizar en el devenir anterior, tratando que el pasado explicara las ruinas de aquel presente. Había que pasar de un simple inventario enumerativo y “ético” a una explicación estructural y “émica” –justo como hacen los lingüistas–; tirar una red barredera hacia el pasado para saber cómo se habían formado estos pueblos y regiones, cómo habían consolidado un mercado interno, una abigarrada red de experiencias comerciales y familiares, que les había permitido afianzar un territorio determinado con características particulares. Había, en suma, que abandonar los caminos de tierra y empezar a caminar por los pasillos de los archivos documentales. En consecuencia, al juntar documentos de varias colecciones vimos crecer una aldea desde las arenas de una playa inhóspita de tiempos de la conquista hasta la ciudad borbónica que resultó ser Veracruz hacia principios del *xix*, armando un guión que nos llevaba a acomodar todas esas referencias de archivo en un relato lo más coherente posible, centrado ahora en el tráfico mercantil del puerto de Veracruz. Así fue como se nos creció aquel eje como puerto y la costa de Sotavento, al sur, como un *hinterland* de reservas productivas y culturales que de alguna manera lo explican.

Pero ¿cómo organizar unas seis mil referencias de archivo sin naufragar? Había pues que navegar en un mar de documentos de todo tipo, tratar de rastrear en ellos todas y cada una de las circunstancias que tu-

vieran un valor intrínseco, hasta llegar a la esencia del puerto y sus regiones: abarcando la simultaneidad del tiempo en cada uno de los escenarios posibles. Eso permitió que poco a poco esta información fuera franqueada y entrara en el lugar adecuado, enriqueciendo un relato razonablemente vinculado y de larga duración.

Algunos resultados

El resultado de todo este trabajo me permitió encontrar de modo creciente una lógica general al trabajo, porque al reconstruir vas creando plataformas que te sirven cuando los datos que aparecen reiteran una y otra vez alguna hipótesis inicial. Por ejemplo, he trabajado el *xviii* colocando los acontecimientos sobre un mejor conocimiento de las nuevas hegemonías que surgieron al fin de la “guerra de sucesión”, en particular en un siglo dominado económica e ideológicamente por los ingleses y que se reflejaba claramente en Veracruz y su comercio, con evidente presencia en la guerra de Independencia.

Hay asimismo en el texto un interés de hacer historia económica, al ir más allá de las series y los datos duros. La secuencia de la Real Caja de Veracruz a lo largo de tres siglos habla mucho de un desarrollo semiseccular y muestra más o menos el curso de acontecimientos regionales, como la frecuencia de las flotas o las revueltas cimarronas, el traslado de ganados, el monto de las mercedes, los diezmos y los tributos. Haber trabajado las redes comerciales, y con más detalle a los judíos portugueses en la época de unión de las dos coronas, me dio pistas insustituibles y el acceso a una documentación riquísima que apenas toqué como de soslayo. Así, las verdades que me invento pueden ser corroboradas por los documentos –mejor si llevan cifras–, que a su vez traen en sí mucho de invención y de miradas sesgadas por el interés o por el poder de quienes los producen. Es por eso que cada quien puede darles lecturas diferentes.

En toda esta reconstrucción he utilizado, además, un recurso narrativo para agilizar el texto: insertar lo que llamo “viñetas”, fragmentos más sueltos y literarios que no sólo sirven para templar el contenido, sino de manera primordial para concentrar momentos, climas, espíritus de época y mentalidades, y sobre todo para atraer esta historia al tiempo presente. Algo que sólo la literatura te permite expresar, porque dispone de más códigos y más niveles de representación

que el discurso supuestamente acotado a lo “científico”. O bien, pensando que la imaginación histórica no fuera algo simplemente ornamental, sino un intento de mostrar estructuras más profundas. Así, por ejemplo, todo el proceso de la expansión ganadera y de las relaciones de producción en las haciendas del xvii se concentran bastante bien en un conjunto de creencias y relatos actuales, como “el toro de los cuernos de oro”, en el imaginario sobre el ganado y su campo mágico, que por lo demás también está documentado desde el xvii en algunos procesos inquisitoriales contra vaqueros y dueños de estancias. Como decía Collingwood, “es testimonio histórico todo lo que puedas usar como testimonio histórico”.

Y como la variedad de temas te abre puertas que a veces traspones y a veces no, la posibilidad de armar historias resulta infinita. Cuántos relatos son entonces posibles... y cuántas maneras de contarlos: y qué poca necesidad de inventar cuando se reconoce que muchas de las mejores historias no las ha inventado nadie, sino que están allí, en los archivos y la historia oral, y que lo que hace falta no es urdir un argumento metodológico para imponerlo como una armazón sobre el aparente desorden de los hechos reales, sino encontrar en cada momento el tono narrativo justo para exponerlo, o el “efecto de vida” necesario para cada situación. Aquí el pasado sólo existe como el espesor necesario que se da cada presente, o la forma como cada presente se inventa la profundidad de un origen, o de cómo se garantiza y se “autoriza” en lo que llamamos historia.

Por otro lado, puede ser que la historia constituya un género literario, pero no puede ser sólo literatura o simple relato de ficción. Por eso había que sacar partido de los documentos, las huellas y los testimonios, y aprovechar al máximo una experiencia con el marxismo de la que nunca me arrepentiré –como se han arrepentido muchos–: algo que fuera operativo y reconstruyera de manera efectiva una realidad de la que pudiéramos extraer un saber positivo, una interpretación...

Colofón

En resumen, a partir de este presente creo que puedo decir que, después de este texto abigarrado –y de todos mis textos anteriores– me siento ya bastante a gusto en la época colonial, porque en ella encuentro, en forma de documentos y huellas, suficientes puntos de apoyo como para no experimentar demasiado vértigo,

pero también porque, llegado a cierto umbral, esos documentos no eran tantos que me impidieran abarcarlos de una sola mirada. Se trataba de fabular pero, eso sí, sobre los cimientos más firmes posibles.

Además, a la distancia puedo decir que aquella experiencia del museo en la década de 1960 nos marcó a todos los que la vivimos. Inserta en el huracán social de aquellos años, ahora la recordamos en las añejas fotos en blanco y negro que solíamos tomar en campo y en gabinete. Me parece posible aún, y ahora más que nunca, recuperar esa visión totalizadora planteada por la pléyade de “todólogos” bajo cuya sombra nos formamos. Y creo también que la referencia de José Emilio Pacheco, orgullosamente, no se ha cumplido como destino fatal entre muchos de los colegas de nuestra generación. En mi caso, resulté por completo inhábil para trabajar de manera burocrática o aceptando cargos de dirección, tal y como lo preveía desde aquellos dibujos del 68, y posiblemente eso fue lo que me salvó de ser todo aquello contra lo que luchábamos a los 20 años.

